

DE LA DIVERSIDAD DEL DISCURSO AL DISCURSO DE LA DIVERSIDAD

*Julieta Piastro
Universidade de Ramón Lull*

"Entendemos por conciencia histórica el privilegio del hombre moderno de tener plenamente conciencia de la historicidad de todo presente y de la relatividad de todas las opiniones".

H.G. Gadamer

Sobre la diversidad del discurso

La historia, como un proceso unitario que concibe la realización progresiva de la humanidad, ha entrado en crisis. La idea ilustrada del progreso como avance hacia la realización cada vez más perfecta del hombre ideal, se ha transformado en un horizonte cerrado y asfixiante. De aquellas luces apenas queda la nostalgia por la aparente estabilidad que proporcionan las grandes certezas. Sin embargo, la consecuencia de esta crisis no significa el fin de la historia ni la pura manifestación irracional de la espontaneidad. Aún nos queda la posibilidad de narrar, de incorporar lo ocurrido a un discurso coherente que nos permita dar sentido a la realidad y significado a la existencia. Hoy la historia nos deja, además de la incomodidad de no ver claro, la posibilidad de descubrir nuevas certezas, nuevas premisas y nuevas responsabilidades.

Pero, ¿no es justamente la crisis de los grandes relatos la que, al desvelarnos la diversidad y la pluralidad, parece dejarnos sin certezas? O es que tal vez nuestras certezas pertenecen ahora a un orden nuevo y distinto del que aún ignoramos muchas cosas y en el que nos movemos con gran torpeza. Hoy tenemos al menos dos grandes certezas. Una, epistemológica, es justamente la de que no hay verdades absolutas; la otra, ética, es que, dado que nadie tiene el monopolio de la razón, es preciso escuchar al otro, dialogar. La certeza ética es el respeto a la diferencia.

La crisis actual de la concepción unitaria de la historia, y con ella, la explosión de la diferencia, el reconocimiento de la historicidad de todo presente y la erosión del principio de realidad nos lanzan al espacio incierto de la diversidad. Dentro de esa dimensión desconocida, avanzar en la comprensión de la complejidad requiere nuevos procedimientos de aprehensión de lo humano.

La explosión de la diferencia no supone necesariamente, como explica Vattimo, la pérdida de todo tipo de regla. Esas realidades, como cualquier dialecto, tienen una gramática y una sintaxis que se descubre cuando adquieren dignidad y visibilidad. “Vivir en este mundo múltiple - escribe Vattimo- significa experimentar la libertad como oscilación continua entre la pertenencia y el extrañamiento. {...} Es una libertad problemática, {...} porque nosotros mismos no sabemos todavía demasiado bien qué fisonomía tiene, nos falta concebir esa oscilación como libertad: la nostalgia de los horizontes cerrados, intimidantes y sosegantes a la vez, sigue aún afincada en nosotros, como individuos y como sociedad”. La ausencia de una racionalidad central puede representar más que una pérdida, la aparición de un sujeto más libre que se constituye sobre la premisa de la diversidad, y que se reconoce necesariamente responsable de escuchar a quienes han sido acallados y olvidados a lo largo de la historia.

Sobre el discurso de la diversidad

Europa y América

La llamada *Conquista* de América, es un ejemplo histórico que nos permite ilustrar los conceptos centrales del discurso de la diversidad y reflexionar sobre ellos. Revisar el momento en que se entrelazan las historias de Europa y América, nos permite resignificar lo vivido, descubrir los diálogos que quedaron pendientes y asumir nuevas responsabilidades ante quienes desean recuperar una identidad más digna, más humana. El lugar del indio es el lugar de muchas otras minorías acalladas a lo largo de la historia. Además, conocer *la visión de los vencidos*, las versiones de las minorías, parece ayudarnos a pensar en la posibilidad de que lo universal puede ser diferenciado.

Mesoamérica, es decir América media, es un término que designa un área geográfica y una unidad cultural que abarca el centro y el sur de México y parte de Centroamérica. En Mesoamérica se desarrolló un proyecto histórico maduro y coherente, que durante mucho tiempo fue negado, tanto por la mayoría de los europeos que no concedieron valor alguno a esa cultura y así justificaron el etnocidio, como por la mayoría de los americanos mestizos que prefirieron borrar, olvidar y enterrar un pasado doloroso, un proyecto histórico interrumpido. Durante mucho tiempo, la superioridad militar de los españoles y la alianza que establecen con ellos los pueblos sometidos por los mexicas han sido señaladas como las causas principales de la derrota de los indios. Sin embargo, los textos indígenas, aunque filtrados por el lenguaje del conquistador, muestran una versión diferente.

Diez años antes de la llegada de los españoles, negros presagios aparecen en el cielo de Mesoamérica anunciando su destrucción: Señales que fueron interpretadas por Moctezuma, como el agotamiento de una era cósmica y el principio de otra. Es muy probable que esos presagios hayan sido escritos después de la llegada de los españoles, lo cual no reduce su valor como

documento histórico, por el contrario, nos revela la forma en que los mesoamericanos recibieron el impacto de la *Conquista*. Nos habla más que de la pretensión de entender el acontecimiento en su singularidad, de la necesidad del indio de incorporar aquella avalancha de sucesos incomprensibles al orden cósmico existente. “Los aztecas superan mentalmente la Conquista, es decir la derrota, inscribiéndola en una historia concebida según su sistema mental: el presente se vuelve menos inadmisibile en cuanto se le puede ver ya anunciado en el pasado.”

Nos acercamos a una visión diferente de la historia, una narración que nos revela un nuevo significado. “La gran traición con que comienza la historia de México - dice Octavio Paz en *El Laberinto de la Soledad* - no es la de los tlaxcaltecas, ni la de Moctezuma y su grupo, sino la de los dioses. Ningún otro pueblo se ha sentido tan totalmente desamparado como se sintió la nación azteca ante los avisos, profecías y signos que anunciaron su caída.”

La conquista militar según la visión de los vencidos significa la pérdida del Quinto Sol. Un sol que no sólo había creado la vida y el movimiento, sino que había impuesto un orden fundamental en el devenir cósmico y humano. Al quebrantarse el orden universal, sobreviene el caos, representado en el mito cosmogónico mesoamericano, como la ausencia de luz y movimiento.

“¡Déjennos pues ya morir, déjennos ya perecer, puesto que ya nuestros dioses han muerto!”

Libro de los Coloquios.

El hombre conquistador, poseedor de la razón, no podía comprender que su mundo no era el único de los mundo posibles. “Podemos llamarlos bárbaros - escribe Montaigne en sus *Ensayos* - si consideramos las normas de la razón: mas no si nos consideramos a nosotros mismos, que los superamos en toda clase de barbarie”.³

Después de la conquista militar, el hombre europeo inicia lo que se ha denominado la conquista espiritual; una labor de cristianización para *salvar* las almas de las criaturas que, aunque incivilizadas, habían de ser también hijos de Dios. La violencia en el discurso del conquistador impone a los indios un nuevo Dios, un nuevo lenguaje y un nuevo sentido del desarrollo histórico.

Si nombrar es conocer, crear, si, como dice Lyotard, la palabra cambia lo que pronuncia, si al nombrar damos significado, los conquistadores, al cambiar los nombres, cambiaron el significado de la geografía, de la naturaleza y del cosmos indígena, apropiándose de su espacio, de su tiempo y de sus dioses.

Después de quinientos años, en aquellos rincones del Nuevo Mundo se escucha el *Canto triste o Icnocuitatl*, el canto del indio que perdió a sus dioses pero que no murió. Pensar nuevamente la historia, no significa únicamente saldar cuentas con el pasado, sino responder a una minoría étnica que ha sido degradada y olvidada y que hoy reclama al mundo su dignificación.

La identidad puede sufrir una auténtica deformación si la sociedad le devuelve como reflejo un cuadro limitativo, degradante o despreciable. El falso reconocimiento puede ser una forma de opresión. El indio no sólo tuvo un falso reconocimiento que provocó la deformación de su imagen, sino que construyó su identidad sobre un pasado que fue devuelto por *el otro* en forma de espectro. Su identidad vaga por este mundo como *alma en pena*, como un alma que ha dejado algo pendiente en su historia, algo que le impide abandonar su tierra. Es un indio que conoce y vive un orden diferente al de la modernidad y no porque *aún* no haya arribado a ella sino porque, pese a todo parece haber seguido otro camino. Es *un otro* diferente que nos puede mostrar nuevas razones, nuevos sentidos, nuevas utopías. *Un otro* con una experiencia distinta, con algo que nosotros aún no hemos mirado, no conocemos y no sabemos nombrar.

“Esta victoria, de la que procedemos todos, tanto europeos como americanos, asestó {...} un duro golpe a nuestra capacidad de sentirnos en armonía con el mundo, de pertenecer a un orden preestablecido; refrenó poderosamente la comunicación del hombre con el mundo, al producir la ilusión de que toda comunicación es comunicación interhumana.”²⁴ Tal vez hoy, frente al desencanto, frente al vacío de la conquista del individualismo, frente a la pérdida incluso de la propia comunicación interhumana, empezamos a intuir que *la vida está en otra parte*, que *el otro* puede ayudarnos a recuperar nuestra comunicación con el mundo. Que el reconocimiento de la identidad *del otro*, puede desvelarnos una forma de vida más humana.

La necesidad de volver a pensar hoy la historia de la *Conquista* de América, es tal vez la necesidad de curar la esquizofrenia en la identidad del vencido y del vencedor. Reconocer es dignificar la identidad de los dialectos que tuvieron un falso reconocimiento bajo el dominio de una lengua central y vencedora, supone redefinir la identidad del vencedor para que asuma su lengua como un dialecto más. Esta redefinición no surge de una convicción puramente teórica; es el resultado de una experiencia histórica que ha puesto en crisis la racionalidad central y el universalismo de la modernidad, arrojando al hombre moderno al desasosiego del sin sentido. Una experiencia histórica que ha sacado a flote la necesidad de mirar hacia donde no se había mirado, la necesidad de pensar en lo que no se había pensado. La curiosidad sobre *el otro*, sobre la diferencia, encierra la esperanza de encontrar en esos dialectos silenciados a lo largo de la historia, nuevos referentes y nuevas significaciones.

El fin de las ideologías modernas, no implica, como ya lo hemos mencionado antes, el relativismo absoluto. Tal vez los nuevos retos consisten en imaginar un universalismo diferenciado y no abstracto, uniformizante y colonizante, como en muchas ocasiones lo ha sido el universalismo moderno. Puede existir un nuevo universalismo ligado a las raíces, que se nutre del sentimiento, entendido a la manera de Agnes Heller, como el sentido de pertenencia, de compromiso con algo que te hace partícipe de una realidad.

Aprender a nombrar la diferencia es un reto del hombre moderno y una exigencia de las minorías acalladas a lo largo de la historia. Para aprender a vivir en la diversidad no basta

con *educar en la tolerancia*. Educar en la pluralidad significa algo más que una simple concesión paternalista, implica algo más que ceder entre iguales un pequeño espacio a la diferencia. Se trata de cambiar nuestra relación con la historia y con el discurso científico.

En las instituciones educativas aún predominan las concepciones deterministas y absolutistas, que impiden a los estudiantes acceder a la multidimensionalidad del mundo y del propio conocimiento. Los profesores no hemos logrado asumir el nuevo reto que significa educar en la pluralidad, no hemos sabido como incorporar a nuestros discursos las nuevas exigencias de la realidad y por eso nos encontramos con estudiantes que incluso a nivel universitario reclaman respuestas cerradas y verdades absolutas, aunque éstas no le brinden una relación significativa con el conocimiento.

La crisis de la educación hoy consiste, justamente, en el agotamiento aparente de los recursos de inteligibilidad de lo humano. Hoy, casi nadie se atrevería a afirmar que la escuela o la universidad son los lugares donde las personas encontramos respuestas a nuestras inquietudes más profundas y donde nos descubrimos como sujetos responsables capaces de responder a las necesidades de nuestro mundo.

Estamos muy lejos de hacer de las instituciones verdaderos espacios educativos que introduzcan a las nuevas generaciones en el "arte de vivir". Los adultos hemos depositado nuestras esperanzas *en los que vienen*, olvidándonos de que es nuestra forma de vida la que ha de desvelar a los más jóvenes sus posibilidades y sus responsabilidades en el mundo. Los adultos eludimos los retos que nos presenta la diversidad y la complejidad. Ya no nos aferramos a grandes respuestas ni a grandes verdades, pero parece ser más por desencanto que por convicción. Por cansancio y no por haber descubierto que la relatividad nos puede hacer más sabios y más capaces de acceder a la riqueza de la diversidad.

Queremos educar en la pluralidad pero no sabemos cómo pensar la diferencia. Hablamos de multiculturalidad pero no se nos ocurre nada mejor que integrar al otro en nuestra verdad. Por eso, el reconocimiento de la historicidad de todo presente y la relatividad de nuestras verdades son condiciones necesarias para aprender a vivir en la *diversidad*, para aprender a nombrar, es decir, a dar sentido a la diferencia.

Notas

- 1- Todorov, Tzvetan, *La Conquista de México. Comunicación y encuentro entre cics*, en: CLAVES de la razón práctica, num.19, p.4.
- 2- Paz Octavio, *El laberinto de la soledad*, México, FCE, 1990, p.113.
- 3- Citado por Francisco Fernández Buey, en: *La barbarie. De ellos y de los nuestros*, Barcelona, Paidós, 1995, p.122.
- 4- Todorov, op.cit, p.4.